

# Llevados de la mano.

## Una pedagogía al servicio de la catequesis

---

M<sup>a</sup> Eugenia Gómez Sierra

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** La educación cristiana se sabe siempre deudora de la revelación que Dios ha hecho a los hombres y del cambio profundo que esto supone en la antropología. La dignidad de la persona está en el valor intrínseco de un ser capaz de entrar en diálogo con Dios creador. La singularidad de un ser personal único eleva el listón de trabajo de cualquier tarea educativa y reclama unas relaciones distintas y una comunidad viva. La catequesis es tarea educativa que va descubriendo la acción de Dios y la respuesta de fe que la persona va dando a su plan salvífico. Descubrimiento y acogida son las dos claves que permiten entender el comienzo de un proceso de conversión que aspira a una vida nueva, como hombre de espíritu.

**PALABRAS CLAVE** Educabilidad, paideia, descubrimiento, pedagogía de la fe.

**SUMMARY** *Christian education is known always indebted to the revelation God has made men and this poses profound change in anthropology. The dignity of the person is in the intrinsic value of being able to enter into dialogue with God the Creator. The uniqueness of a single personal being raises the bar for any educational work task and demands a different relationship and a living community. The uniqueness of a single personal being raises the bar for any educational work task and demands a different relationship and a living community. Catechesis is educational task is discovering God's action and the response of faith that the person is giving his saving plan. Discovery and reception are the two keys for understanding the beginning of a conversion process that aspires to a new life, as a man of spirit.*

**KEYWORDS** *Educability, paideia, discovery, Pedagogy of faith.*

## I. INTRODUCCIÓN

La condescendencia de Dios no es una mera estrategia comunicativa, sino que ella misma es acontecimiento de salvación<sup>1</sup>. Dios salva haciéndose pequeño, e invitando a participar al hombre de su amor inefable. Nos acompaña. Dirige su palabra hacia nosotros con calidez y ternura de amigo.

La voz del profeta sobre Jerusalén resuena en la vida del ser humano y le hace sentir desde muy cerca la mirada de Dios: “Cuando naciste, (...) Nadie tuvo compasión de ti, nadie te cuidó, (...), a nadie interesabas (...) Yo pasé entonces cerca de ti, te vi debatiéndote en medio de tu sangre y te dije: ¡Vive tú que pierdes tu sangre, y crece como una hierba del campo! Entonces comenzaste a crecer, te desarrollaste” (Ez 16,1-5). El eco de esta palabra nos revela una verdad; el hombre es errante en la tierra, pero no camina solo.

La persona, conocedora de la compañía de Dios, vive y crece confiada. La “huella” de Dios le ha dado el Espíritu que la fortalece y da consistencia.

Reparar en que el hombre es un ser inacabado<sup>2</sup> nos coloca frente a una gran tarea: ser co-autores; mediante la cual vamos construyendo la propia vida. Desde nuestros primeros instantes la indigencia nos hace dependientes de los que nos rodean. Es una evidencia que entre nuestras notas constitutivas está la apertura hacia a los otros, lo que permite hablar de pedagogía. De caminar juntos en el crecimiento hacia la plenitud.

Es razonable hablar de una pedagogía humana, en cuanto acompaña-miento que permite la transformación de la personalidad, y de una acción de Dios que va haciendo nuestra vida (pedagogía divina) más capaz para aproximarnos libremente hacia Él.

La fe nos capacita para comprender al hombre, al mundo y a Dios de otra manera. Abre puertas para gustar en el interior lo que nos ha sido revelado.

A lo largo de este artículo vamos a referirnos principalmente a la pedagogía en el sentido más logrado del término griego “paideia”<sup>3</sup>, es decir como

1 J. SILVA SOLER, “Pedagogía de la enseñanza teológica. La condescendencia de Dios como clave hermenéutica fundamental para la enseñanza teológica”: *Teología y Vida*, Vol. LI (2010) 238.

2 Cf. J. M. BARRIO MAESTRE, *Elementos de Antropología Pedagógica* (Madrid 2010) 114-117.

3 El término “paideia” es polisémico. En el mundo griego se identifican tres etapas diferenciadas en su uso. La primera en la que junto al término “trophé” se entiende como crianza o cuidado biológico; la segunda referida a la formación del carácter; y finalmente en un tercer momento es entendida como educación integral (cf. E. REDONDO GARCÍA, dir., *Introducción a la historia de la educación*, Barcelona 2010, 135-140).

un proceso de transformación personal<sup>4</sup>. Teniendo como modelo al mismo Cristo, “Ecce homo” y como telón de fondo el designio amoroso del Padre para salvar a todos los hombres. La bella imagen de un Padre que educa paciente y progresivamente a su hijo.

## II. EDUCACIÓN, ¿CAPRICHOS O NECESIDAD EN EL HOMBRE?

Dios crea al hombre distinto de los animales dotándole de su imagen y semejanza. Le conoce por su nombre (cf. Ex 33,17), le singulariza dentro de su plan amoroso de creación invitándole a entrar en comunión con Él.

Tan alto privilegio invita a preguntarse por los rasgos que adornan dicha criatura. La naturaleza explica la diferencia entre el hombre y el animal<sup>5</sup>. En el caso de los animales ésta ha determinado su ser mediante unas leyes que ordenan su comportamiento.

El hombre, por el contrario, “no entra terminado en el ser”<sup>6</sup>, necesita humanizarse y encontrar su identidad, aprendiendo a ser lo que es. El hombre es aventura –*ad* (hacia) *venturas* (cosas venideras)– hacia el futuro. En consecuencia, la vida se convierte para él en un “quehacer”, un proyecto cuya evolución es indeterminada y tiene ante sí diversas posibilidades. El hombre, dice Fullat<sup>7</sup>, es *projectum* lanzado hacia adelante, abierto al porvenir.

La persona es educando y educado<sup>8</sup>. En las categorías antropológicas la educabilidad<sup>9</sup> está en correlato directo con la racionalidad, luego obviamente la educación es una clara necesidad.

4 Jaeger entiende la “paideia griega” como proceso de formación o modelación del hombre completo de acuerdo a un modelo fijo. Paideia, siguiendo el término alemán “bildung”, que también usará Edith Stein, es una transformación del carácter personal, basándose en el conocimiento reflexivo de una forma natural y última, fundamental e idéntica de la vida humana (cf. W. JAEGER, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México 1985, 277-278).

5 Cf. J. M. BURGOS, *Antropología: una guía para la existencia* (Madrid 2005) 23-63.

6 E. STEIN, (2003). *Obras completas, IV. Escritos antropológicos y pedagógicos* (Burgos 2003) 577.

7 Cf. O. FULLAT, *Pedagogía existencialista y postmoderna* (Madrid 2002) 15.

8 “La educabilidad –en cuanto necesidad de y capacidad para ser educado– es el correlato necesario de la condición cultural de la naturaleza humana” (M. GARCÍA AMILBURU, *Aprendiendo a ser humanos. Una Antropología de la Educación*, Pamplona 1997, 110).

9 Cf. *Ibid.*, 77-89.

El hombre, afirma Zubiri<sup>10</sup>, es un ser de realidades, en tanto en cuanto lo que le rodea de alguna manera le “modifica”. Está expuesto frente a su propia realidad para descubrir quién es y hacia dónde se dirige. Pero además, no puede entenderse sin relaciones con el mundo exterior, a través de las cuales se enriquece.

La persona se sitúa frente a la realidad que le rodea llegándola a conocer en su propio ser y en su potencialidad, aprende a relacionarse con ella de manera completa y auténtica; la pone a su servicio.

Desde el nacimiento se evidencia la debilidad del ser humano frente a la naturaleza y el socorro de la cultura que viene en su auxilio para mantenerle en la existencia. El hombre en su naturaleza es indigente y necesita aprender significativamente a partir de lo que le es legado por la tradición. De manera espontánea no sabe vivir como lo que es<sup>11</sup>, requiere “educir” sacando hacia fuera lo que tiene dentro.

La vida es para él peregrinación temporal que debe ir haciendo en libertad a través de las opciones que realiza. Este recorrido es perfeccionamiento del hombre en lo que tiene específicamente de más hombre; es tendencia hacia la plenitud, cuya “senda es como la luz del alba, que va en aumento hasta llegar a pleno día” (Pr 4,18). En este sendero de perfeccionamiento el niño puede ser ayudado por la educación.

El proceso educativo no es algo superficial, ni tampoco un lujo<sup>12</sup>, sino algo constitutivo de la esencia del ser humano, que le evita ser atrapado por lo que le rodea. El hombre es “*ens educandum*” (educando), pues como ser espiritual posee un crecimiento irrestrictivo que permanentemente se enriquece tendiendo a más. Es acto de perfeccionamiento y acción moral que busca el mejoramiento como persona.

Su desarrollo no se produce sólo hacia fuera, en relación con lo que le rodea, sino mediante una vida interior que le hace cada vez más consciente de su Yo. Se trata de un ser de experiencias y vivencias que le permiten vivir humanamente. En él la plasticidad ontológica<sup>13</sup> que le ha liberado de “casi” todos los instintos supone nueva posibilidad de cambio, apertura.

---

10 X. ZUBIRI, *Sobre el hombre* (Madrid 1986) 343-435.

11 Cf. BARRIO MAESTRE, *Elementos de Antropología Pedagógica*, 34.

12 Cf. O. FULLAT, “Educación y cultura”: *Analecta Calasancía XX-VIII* (1985) 329-333.

13 Cf. GARCÍA AMILBURU, *Aprendiendo a ser humanos*, 86.

Esta posibilidad de cambio, unida a la reflexividad, le permite tener de manera simultánea experiencia directa de la realidad e indirecta de sí mismo, viviendo en primera persona de manera biográfica. Vivir en clave de biografía abre la puerta a la comunicación y al intercambio con el otro para enriquecerse mutuamente (acto educativo).

El acto educativo y el acompañamiento tienen cabida en una realidad humana. El proceso catequético es un modo concreto de vivenciar significativamente la belleza de todos estos rasgos con los que Dios distinguió a los hombres al ponerles al frente de la creación.

### III. APRENDIENDO DE LA HISTORIA

Rastrear en la historia permite descubrir cómo a través del tiempo el hombre ha vivido su vocación como un ser abierto al mundo, cultivándose para ir haciéndose más humano, es decir, perfeccionándose. Pero también permite apreciar las transformaciones realizadas por él en la naturaleza creada para ponerla a su servicio, cumpliendo el consejo divino (Gn 1,28) y generando una cultura que podemos llamar también segunda naturaleza<sup>14</sup>.

La cultura sobrepasa a quien la creó y se convierte en un valor acumulable que se recibe y se aprende. Cada individuo que viene a la existencia recibe gran parte de las “riquezas” del mundo en herencia, que va transformando con la propia experiencia. Así, podemos hablar de tradición, y transmisión de la palabra de generación en generación, como en el pueblo de Israel.

Hombre y comunidad reclaman en su ser una enseñanza. Hablan de educabilidad como una “necesidad de” y “capacidad para” ser educados, desvelando una correlación intrínseca entre naturaleza y cultura humana.

La justificación expuesta nos introduce, a la vez, en la historia de un pueblo y en la historia de cada hombre, permitiéndonos atisbar el estilo educativo de Dios con su pueblo y con cada uno de los hombres que han transitado, transitan o recorrerán en el futuro la historia.

---

14 Cf. *Ibid.*, 109-114.

La historia nos permite hablar de estilo educativo, describiendo en primer lugar los rasgos de los sujetos que intervienen en el proceso de la educación: Dios y el hombre.

## 1. EDUCACIÓN PARA EL DESCUBRIMIENTO. DIOS, MAESTRO

Dios se revela al hombre en el misterio trinitario mediante una acción progresiva que supone saber esperar al ritmo del que se educa. Dios “se muestra” iniciando un dinamismo que invita a la persona a la conversión, al seguimiento y a la comunión. Una escala de acciones que requieren el don de la fe.

La obra divina, paciente y fiel, pone en evidencia la esperanza depositada por Dios en el hombre, a pesar de sus muchas infidelidades.

Dios mira de lo alto de los cielos,  
ve a todos los hijos de Adán;  
desde el lugar de su morada  
observa a todos los habitantes de la tierra,  
Él que forma el corazón de cada uno,  
y repara en todas sus acciones.

(...)

Los ojos de Dios están sobre quienes le temen,  
Sobre los que esperan en su amor” (Sal 33,13-15)

Dios no se presenta como alguien que impone su sabiduría o su poder, aunque lo muestra, sino como quien inicia una conversación para generar una estructura de encuentro<sup>15</sup>. No es la Palabra del hombre a Dios sino la Palabra que Dios dirige al hombre desde la “eternidad” la que origina el diálogo<sup>16</sup>. Una conversación que encuentra eco en el interior de cada persona donde la misma revelación se convierte en fuente de respuesta.

Su pedagogía actúa en el interior del hombre y de la historia del pueblo, a través de la *elección*. Tal distinción, requiere la acogida y respuesta voluntaria por parte del hombre a la salvación que se le ofrece. El Dios, creador y po-

15 Cf. X. J. DOMÍNGUEZ PRIETO, *El profesor cristiano: identidad y misión* (Madrid 2012) 76.

16 Cf. A. SICARI, *Llamados por su nombre. La vocación en la escritura* (Madrid 1980) 8.

deroso, “pide permiso” al hombre para entrar en su vida y actuar como maestro. “Esto es lo que Yahveh ha declarado diciendo: Entre los cercanos a mí mostraré mi santidad” (Ex 10,3). Dios se acerca y toma la iniciativa, haciendo completamente eficaz el proceso educativo al sobrenaturalizarlo.

El proceso educativo divino tiene a Dios por protagonista y por bienhechor. En primer lugar, porque ofrece un plan salvador para el hombre; pero además, porque fortalece a quien lo recibe para dar respuesta a la llamada desde la fe. Su enseñanza muestra un mensaje y, a la vez, capacita para alcanzarlo.

Dios se muestra haciendo una invitación “sed santos, porque Santo soy Yo, vuestro Dios” (Lv 20,26) revelando explícitamente la meta última del proceso educativo. Bajo el procedimiento del cumplimiento de la voluntad de Dios marca una nueva ruta hasta ese momento desconocida por el hombre: la transformación del “hombre de carne” en “hombre de espíritu”.

El método que propone, la “Promesa”, resulta demasiado novedoso en su contexto, y requiere un *progresivo descubrimiento* por parte del pueblo. No es posible un cambio brusco ni rápido, sino continuo, de generación en generación. Adaptado al ritmo y a la condición del hombre que aprende a desprenderse y a confiar plenamente en Dios.

Dios obra en la historia de los hombres, que aprenden lentamente a convertir los hechos en acontecimientos que configuran su vida. El Señor está grande con su pueblo que camina en una autonomía dependiente hacia el cumplimiento de la promesa.

Como buen educador, Dios conoce la importancia de los signos y manifiesta una promesa visible en la “Ley” y los “Profetas”. Dios compromete su Palabra, que se hace elocuente en un acompañamiento que: guía y conduce, ilumina y enseña, corrige y castiga, anima y estimula, pero sobre todo ama. “Cuidad pues de proceder como Yahveh vuestro Dios os ha mandado. No os desviéis ni a la derecha ni a la izquierda. Seguid en todo el camino que Yahveh vuestro Dios os ha trazado: así viviréis y seréis felices y prolongaréis vuestros días en la tierra que os será dada en posesión” (Dt 5,12-13).

El Altísimo conoce la condición del hombre pecador, su dura cerviz, pero respeta su libertad y espera su colaboración en la iniciativa que le propone. En la acción educativa se abre una dialéctica: Dios/hombre; libertad/cumplimiento; individuo/pueblo; salvación/condenación.

El “sí” del hombre que descubre a Dios rompe la dualidad de este proceso y le inclina por un camino continuo, dentro ya del plan salvador de

Dios. Ha surgido la fe y la pedagogía divina se ve ahora entroncada con una nueva pedagogía transformadora, de donación y obediencia. El llamado conoce la educación y el gozo que madura en él por la obediencia.

## 2. EDUCACIÓN PARA LA ACOGIDA. EL HOMBRE LLAMADO

Confluyen en el hombre dos bellas condiciones: criatural y vocacional, que expresan toda su dignidad.

La persona es una criatura que recibe la vida y en ella una llamada a vivirla con sentido. Una vida bella que ocupa un puesto central entre todas las criaturas<sup>17</sup>, por ser creada “a imagen de Dios”, con capacidad para conocer y amar a su Creador.

El hombre antes de ser ya es amado, porque el amor le precede: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía y antes que nacieses te tenía consagrado” (Jr 1,5).

La dignidad del ser humano viene además agraciada por una vocación con la que es llamado a vivir, no una vida cualquiera sino una vida en plenitud, de manera personal y única<sup>18</sup>.

En el acontecimiento educativo el niño recibe una llamada a responder al amor con que fue creado. Un con-vocado a realizarse como una persona concreta. Como en la llamada del profeta, en cada uno se hace patente la invitación de Dios a no tener miedo ante un proyecto de vida donde Él es el garante del cumplimiento (Jr 1,12).

Dios invita al hombre y le llama por su nombre para realizar una misión que se convierte en proyección de vida. Dios convierte al hombre en su interlocutor, dándole posibilidad de una respuesta a la invitación para participar en la vida divina.

Esta llamada es el acontecimiento fontal hacia un proceso de personalización, en el que se descubre una conciencia, cada vez más viva, de estar lla-

---

17 “Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos” (GS 12).

18 “Pero lo que está determinado para el hombre en cuanto hombre y para el individuo como meta, no es perfectamente conocido por ningún ojo humano. Algo de todo ello es conocido, algo sentido y algo se intuye. Con claridad y en plenitud sólo lo ve Dios, quien ha determinado una meta para cada naturaleza y quien ha puesto en su interior la tendencia hacia tal meta” (E. STEIN, *Obras completas*, IV, 193).



mado a un diálogo personal con Dios, “diálogo de fe” generador de la propia historia en clave de plenitud.

En su recorrido pedagógico en la llamada a la vocación, Dios usa unas claves de comunicación. En primer lugar, saca al hombre de la soledad y lo sitúa frente a la Palabra. Le invita a ver su historia personal en un contexto más amplio y universal, en relación con toda la historia de la creación<sup>19</sup>.

La vocación se convierte en toma de conciencia y descubrimiento del misterio del propio ser. Grandeza por la dignidad frente al resto de las criaturas y pequeñez frente a la petición que Dios le hace. El hombre se asombra, como vemos en muchas historias del AT, entre lo pequeño de su ser y lo grande de la tarea. Por eso se pregunta: “¿quién soy yo?” (cf. Ex 3,11).

La incertidumbre le hace además preguntar a Dios: “¿Qué me vas a dar?” (cf. Gn 15,2), antes de abandonarse en sus sendas. Una cuestión que se convierte en acto de fe que reclama libremente un “creo” y un “amén”. Un descubrimiento activo que culmina en acogida, en aceptación, en respuesta.

La llamada descubre, en un segundo momento, la invitación a la solidaridad que brota de la naturaleza social del ser humano. La presencia del otro se convierte en interpelante para cualquier tú. El hombre, en definitiva, necesita amar y ser amado. Su sociabilidad está inscrita en lo más profundo de su naturaleza. El se siente convocado a una misión en la comunidad, la Iglesia.

#### **IV. UNA PEDAGOGÍA PERSONALIZADORA QUE IMPULSA LA FE**

La educación, además de poner de manifiesto el estilo educativo de las personas que intervienen en el proceso, permite desgranar el *fin* que se propone, mostrando visiblemente el resultado del proceso educativo.

En las líneas anteriores hemos intentado justificar la pedagogía divina en clave de comunicación (cf. DV 2). Para ello hemos hablado de un proceso de encuentro entre Dios, que llama, y el hombre que da una respuesta positiva a la invitación solemne que se presenta en su vida. Dios tiende su mano hacia el hombre y le ofrece la salvación (cf. Sal 115,16-18).

---

19 M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *La Pedagogía de la fe al servicio del itinerario de Iniciación cristiana* (Madrid 2009) 21-23.

No cabe duda que la pedagogía cristiana tiene como objeto último de su acción el encuentro del hombre con Cristo en su Iglesia. Pero, no de un hombre cualquiera sino de un hombre nuevo, el hombre de espíritu propuesto por San Pablo: “revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia, la santidad y la verdad” (Ga 4,24).

Vivir como hombre nuevo no es algo innato al propio ser sino el resultado de un proceso aprendido, en el que juega un papel importante la acción del hombre y la gracia derramada por parte de Dios. Supone una tarea divina, del Dios que se revela y también una fidelidad del hombre al dejarse conscientemente guiar por el Espíritu.

El seguimiento libre y deseado de Cristo es siempre la culminación de un camino de fe que supone un proceso de personalización,teniéndole a Él como meta.

La pedagogía divina se explica pues en clave personalizadora, ya que ha ido iniciando al hombre en nuevas pistas que le orientan hacia la plenitud personal. Dios, maestro, ha realizado con el hombre un recorrido en distintas etapas antes de presentar a Cristo como el “pedagogo”.

La Ley, dice Pablo en los Gálatas, fue el primer pedagogo hasta Cristo<sup>20</sup>. Una ley que se convierte en Alianza mediante disposiciones jurídicas y legales que desarrollan en la persona su dimensión social, el amor al prójimo y la vida común en justicia, reparando los deseos de individualismo y soledad que surgen como efecto del pecado.

Dicha ley ha creado un sentido de identidad colectivo a través de las celebraciones, los ritos y el sentido festivo, purificando los corazones y separándolos de los ídolos. Un cambio totalmente necesario para que el hombre pueda introducirse en la sabiduría que brota de la amistad con Dios. Pueblo, culto, sabiduría, tres prenotandos que inician al hombre para entender el cambio radical que supone la venida del Reino.

Jesús es el modelo para una pedagogía de la fe personalizadora que lleva al hombre a humanizarse y, en cierta medida, a “divinizarse”.

---

20 Cf. Ga 3,24.

## 1. LA PERSONALIZACIÓN Y EL AMOR

Un proyecto educativo es personalizador cuando eleva al hombre hacia lo más alto y le enseña a descubrir el carácter misterioso que envuelve la acción educativa.

El hombre realiza su proyecto de vida cuando se siente amado, por eso, es precisamente el amor, lo que ha hecho a Cristo pedagogo. Desde la encarnación a la cruz, su palabra más elocuente ha sido el amor hacia el hombre como reflejo del amor del Padre.

Jesús se ha hecho próximo, cercano, convirtiéndose en signo vivo del misterio que anuncia y ganando para sí la amistad y el afecto de aquellos a los que enseña. Ha creado en torno a sí un clima educativo basado en la confianza, que invita a acoger con agrado la salvación que se ofrece. El amor ha sido el elemento fundante y articulador de toda la estructura educativa en la que ha incluido a los discípulos que le rodean.

## 2. PROXIMIDAD - UNIVERSALIDAD - DIGNIDAD

La obediencia al Padre, cumpliendo su voluntad, es el primero de los rasgos de su estilo educativo, que no podría comprenderse sin un sentido de donación y entrega por el hombre caído. Jesús conoce el carácter salvífico del amor para el hombre. Sabe que el amor le salva, le encamina a ser más auténtico y le invita a buscar la identidad más genuina.

Cristo ha inaugurado una historia de amor que exige ser vivida siempre bajo nuevas formas. Una historia que, a medida que se despliega, necesita ser interpretada bajo la luz de su vida, muerte y resurrección.

Para educar a sus discípulos deja que experimenten la atracción del amor y aprendan a distinguir su verdadera naturaleza. Él, fuente del amor, no lo exige a otros, sino que manifiesta y comparte su propio amor para guiar a sus discípulos enseñándoles el auténtico sentido del nuevo mandamiento del amor.

La pedagogía de Cristo respecto a sus discípulos es siempre de acercamiento, acogida y amistad, por eso los llama amigos (cf. Jn 15,13). Una amistad con carácter nuevo que brota de la gracia y la reconciliación. Una amistad de ámbito universal que no repara ante ningún hombre, ni siquiera ante a quien le traiciona.

La amistad que Él inicia es restauradora de la dignidad humana y se convierte para el hombre en crecimiento en humanidad. Su trato con los publicanos y pecadores manifiesta su capacidad para amar y abre una perspectiva nueva para sus seguidores. En Él no existen límites en el amor.

Esta forma distinta de amar nos revela el sentido salvífico de Dios, su gratuidad, pero además nos reclama, aunque respetando nuestra libertad, un nuevo comportamiento en nuestro modo de amar.

Su estilo de educar ensancha el corazón y lo abre a una preocupación generosa y sincera por los demás. Muestra un amor que es servicio y ministerio.

### 3. LA PERSONALIZACIÓN Y LO NUEVO DEL EVANGELIO

La pedagogía de la fe actualiza el acontecimiento cristiano y visibiliza el dinamismo Dios-hombre que se provoca cuando la fe es acogida.

El acto de fe es el punto de partida en la respuesta de un hombre que se ha dejado asombrar por el misterio y se siente interpelado por él. Pero es, además, un proceso iniciático que se consolida en un estilo de vida filial que comienza en el bautismo.

El Reino iniciado en Cristo supone algo nuevo, una manera de vivir que invade todo el ser y que provoca una conversión. La radical novedad del anuncio se muestra además como la tarea de acercarse a Cristo para descubrirle como Hijo enviado del Padre (cf. 1 Jn 3,17).

Lo “novedoso” es el mismo Cristo que se presenta al hombre como modelo. Tanto sus palabras como sus obras son desconcertantes y atrayentes a la vez. Su identidad personal es misterio: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6), y, a la vez invitación, que no resiste la indiferencia sino que lleva a la acción: aceptación (creo) o rechazo (cf. Mt 12,30).

Su acompañamiento no se basa en acciones externas sino en los más íntimos deseos que implican la conversión del corazón.

El Evangelio desvela su autoridad (cf. Mt 7,20s) y supone respeto; nadie habla como Jesús (cf. Jn 7,46) con un pensamiento amplio, universal, sencillo y seguro que se deriva de su identidad. Su pedagogía irradia la verdad como luz que ilumina a cualquier tipo de hombre: culto (cf. Jn 3,1-22) o sencillo (cf. Lc 10,38-42), rico (Zaqueo) o pobre (leprosos que le piden la curación). Se adapta al interlocutor, como buen maestro, para sacar de él lo mejor que posee.

En su acción educativa aparece una forma de enseñar que no provoca rupturas con la tradición sino que sabe adaptarse. Jesús enseña haciéndose cargo de las circunstancias y acomodándose según los matices. Unas veces habla y obra como profeta (cf. Lc 24,15), otras se presenta como intérprete autorizado de la ley (cf. Mt 5,17). Su autoridad resulta singular (cf. Mt 5,54) y no necesita del respaldo de los antiguos (cf. Mt 7,29; 15,2). Su doctrina ofrece un carácter de novedad que sorprende a los oyentes (Mc 1,27; 11,18).

Quiere dar a conocer el mensaje auténtico de Dios e inducir a los hombres a aceptarlo. El secreto de su actitud está en que, al contrario que en los doctores de este mundo, su doctrina no es de Él sino del que le ha enviado (cf. Jn 7,16ss; 8,38; 12,49s; 14,10; Mt 11,27).

Este estilo educativo referenciado –“Quien me ve a mi ve al Padre” (Jn 14,9), el “Padre y yo somos uno” (Jn 10,30-33) – resulta atractivo y cercano para el hombre porque manifiesta la condescendencia divina y enseña a vivir la vida personal en relación con el Padre.

Acercarse al hombre Cristo Jesús (1 Tim 2,5) es apreciar en Él a un verdadero hombre semejante a nosotros en todo menos en el pecado (Hb 2,17; 4,15). Una persona con un rostro que se le aproxima, con unos sentimientos semejantes a los suyos. Con unos gestos peculiares que hacen más cercana la respuesta a la invitación de Dios. Una cercanía que hace creer al hombre que en Él es posible comunicarse con Dios.

Esta aproximación a Jesús supone mirarle con ojos nuevos, que no se centran sólo en el conocimiento o en lo intelectual, sino que implican a toda la persona. Hacer un camino formativo, según propone Edith Stein, para asimilar al máximo la Imagen de Cristo, quien a modo de “forma interior”<sup>21</sup> es capaz de formar desde dentro lo más profundo del ser humano.

El proceso catequético no es simplemente descubrimiento de una persona que deslumbra, es una propuesta pedagógica para que la contemplación de Cristo resulte performativa gracias a la acción de Dios en el hombre.

El discípulo descubre en los gestos de Jesús un amor que le anima y un deseo de identificarse con Él. Su testimonio mayor fue el del amor hasta el sacrificio total (Jn 13,15.34). Imitarle en esto está al alcance de la persona sólo si el Maestro da su Espíritu.

---

21 Cf. STEIN, *Obras completas*, IV, 193.

## V. LA PEDAGOGÍA DE LA FE IMPULSA LA LIBERTAD

La pedagogía de la fe se entiende a la luz de la acción educativa de Dios con el hombre. Pero además, se comprende como potenciadora de un rasgo distintivo del ser humano: la libertad.

Aprender a elegir optando por Dios no es algo connatural sino que requiere de un proceso educativo. Cuando nos ejercitamos en él descubrimos la verdadera sabiduría. Sabiduría que proviene del ejercicio ascético de la “ejercitación”.

El hombre tiene la tarea de ir descubriendo que el acto más profundo de su libertad es la entrega a la voluntad de Dios. Entrega que se confirma en una obediencia que requiere escucha, discernimiento y confianza.

Acercándonos al hombre Cristo Jesús contemplamos su semejanza a nosotros en todo menos en el pecado (Hb 2,17; 4,15). No queda ninguna duda de que en Él, en sus dichos, sus actitudes y sus gestos, ha quedado patente el modelo de hombre perfecto. “Cristo, es el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (GS 22).

Dios ha cumplido su promesa y ha revelado su acción salvífica en Cristo llamando al hombre a la salvación, en su libre decisión ante Jesucristo y en Él ante el amor salvífico de Dios. La presencia del Reino inaugurado en su persona trae consigo la salvación del hombre en el amor de Dios (cf. Jn 3,16; 1 Jn 4,7-21; Rm 5,8; 8,1-3a; Ef 1,7).

Su desarrollo humano ha abierto un camino posible para cualquier hombre (cf. Lc 2,52). Su primera lección se ha centrado en la necesidad de aprender a acoger libremente al Espíritu.

Contemplar la vida y la obra de Jesús, en sincero cumplimiento de la voluntad del Padre, configura un estilo de vida nuevo, según la voluntad de Dios al que hay que entregarse libremente.

Cualquier proceso catequético ha de iniciar a la persona en ese clima de vida que supone descubrir en los acontecimientos de la vida la presencia de Dios. Esto, es sin duda un acto continuo de discernimiento, que supone la conjunción entre la libertad humana y la acogida o el rechazo de la gracia.

La libertad no es algo con lo que se nace sino que se conquista a medida que se encuentra fuera un ideal a alcanzar. El ser humano es libre cuando alcanza su ser, haciéndose capaz de optar por aquello que es lo mejor para sí,

lo que le perfecciona<sup>22</sup>. En el camino de la fe el encuentro con Jesucristo resucitado y el reconocimiento de su persona, no es el descubrimiento de una idea sino la entrega a una persona. Ese paso ilumina un nuevo horizonte que exige la conversión. Un giro en la vida que reclama la respuesta libre.

Pero, para ser libre no vale sencillamente con buscar y conocer la verdad –Cristo–, es preciso una voluntad fortalecida para seguirle y un abandono confiado en el proyecto de Dios para el hombre.

Lógicamente el acompañamiento catequético requiere de un proceso formativo que invoque la responsabilidad personal. Los grandes deseos y las grandes ilusiones no se materializan con facilidad, se quedan, como afirma s. Pablo, en simples pensamientos, porque no siempre es fácil ser dueño de los actos que se realizan. “No entiendo lo que me pasa pues no hago siempre lo que quiero sino lo que aborrezco” (Rm 7,15).

La catequesis ha de conducir a la verdadera libertad de los hijos de Dios conquistada en Cristo (Gal 5, 1). Ha de mostrar que el cristiano ha sido llamado a la libertad que brota de vivir según el mandamiento nuevo del amor. Pues conducidos por el Espíritu (Gal 5, 18) se vive según Él como hombre nuevo.

## VI. CONCLUSIÓN

La fuente de la pedagogía cristiana no puede ser otra que el mismo Dios. El hombre creado va descubriendo –a la luz de la Palabra– el proyecto amoroso que Dios tiene con él. Comienza entre ambos un camino de relación educativa en el que resplandece la fidelidad de Dios y la conversión de la persona.

En el tránsito de la vida humana se cumplen las palabras de la sabiduría educadora del Eclesiástico:

La sabiduría a sus hijos exalta,  
y cuida de los que la buscan.

---

22 Cf. STEIN, *Obras completas*, IV, 41. Edith Stein deja claro que la libertad de la persona no es sólo una conquista, ya que el hombre dañado por el pecado es incapaz de llegar con sus propias fuerzas a lo más profundo de su ser. Necesita de la acción de la gracia en él para poder conquistar su propio centro. Reconoce que el acto más libre de la libertad consiste en entregarse totalmente a la voluntad divina.

El que la ama, ama la vida  
los que en su busca madrugan  
serán colmados de contento (Si 4,11).

Cuando el hombre se pone en las manos de Dios y aprende la verdadera sabiduría se deja conducir de la mano como en la verdadera "Paideia".